Arcoiris en Sacatepéquez

Miguel Huezo Mixco

Un camionero maneja por la carretera pensando en su novia Teresa, una chica de Avellaneda con la que sueña tener un hijo... Es una canción de Facundo Cabral, asesinado a tiros en Guatemala la madrugada del 9 de julio de 2011. Es extraño: la letra se me viene pero no consigo entonar la melodía. ¿No les ha pasado alguna vez? La verdad, nunca me gustaron la música, ni el estilo de Cabral, pero me parece horrible que ese buen hombre, que ayudó a tanta gente a no cargar con su basura interior, haya venido a morir a Centroamérica.

Lo miré una vez en la universidad jesuita donde yo estudiaba: barbado y recubierto con un poncho colorido. En los años 70 ya era una leyenda. Era inevitable escuchar sus canciones en la radio, en las tertulias e inclusive en los mítines políticos, en aquella época violenta. A mí siempre me pareció un «casaca», un «pajerazo», como llamamos en El Salvador a los buenos para echar rollo. Sus frases, del tipo «pobrecito mi patrón, piensa que el pobre soy yo», hechas como para estamparse en una playera, les gustaban mucho a las estudiantes de Letras. Aquellas novias de entonces siguieron siendo sus «fans» hasta nuestros días. Es como si el mundo no hubiera cambiado.

Llegaron los años 80 y en Centroamérica las cosas iban para peor. Le metimos sangre, balas, canto. Vinieron los 90, se firmó la paz en El Salvador y Guatemala, y la cosa tampoco se componía. Cuando menos lo pensábamos comenzó el nuevo siglo. Se acabaron las dictaduras militares pero surgieron nuevos poderes tenebrosos.

En los últimos años, los homicidios ocasionados por la violencia asociada con las pandillas y el narcotráfico les han pasado a nuestros países una factura similar o peor a la de la guerra civil. En

las zonas urbanas más excluidas de El Salvador, las «maras» o pandillas han instaurado un régimen de terror. A causa de sus rivalidades y el control del narcomenudeo, los periódicos todos los días vienen impregnados con la sangre de al menos una docena de jóvenes. Diputados, jueces, empresarios, dirigentes deportivos, policías y oficiales del ejército han sucumbido a la seducción del narcodinero. La delincuencia se ha convertido en un fenómeno de masas. Los cuerpos de seguridad capturan diariamente a un promedio de 176 presuntos delincuentes acusados de robos, asaltos y homicidios. Esto equivale al cálculo más aceptado sobre la cantidad de salvadoreños que emigran diariamente a Estados Unidos. Así, emigrar y delinquir son algunas de nuestras opciones favoritas. Cuando no vemos salida los salvadoreños miramos a Guatemala. Guate-mala. Guate-peor. El país de la eterna primavera es el paraíso de los narcos.

No lo decimos de mala fe. Los salvadoreños adoramos a Guatemala. En vacaciones, inundamos sus hoteles y centros comerciales, vamos en carro, bus o avión, a Tikal —la más grande de las antiguas ciudades mayas—, al ojo mágico de Panajachel y, sobre todo, a Antigua, detenida en el tiempo, donde los adinerados celebran sus bodas bajo una mirada de cuatrocientos años de historia. Visitar Guatemala ha sido un rito de paso. Como millares de niños guanacos, mi primer viaje en familia al extranjero fue a Ciudad de Guatemala. Mi primera escapada, con novia y amigos, y sin dinero, al Petén.

Luego, tuve una loca historia en Guatemala. Viví allá, gracias a una beca, entre 2000 y 2001. Cada dos semanas cruzaba la frontera, viajando entre Antigua Guatemala y San Salvador. Los continuos asaltos a vehículos con turistas salvadoreños habían convertido la zona fronteriza en una pesadilla. Manejaba un Chevy pequeñito y poco llamativo. Pero las terribles historias sobre los asaltos a mano armada ocurridos en plena carretera, en el lado chapín, que comencé escuchando como rumores, y luego en boca de conocidos y amigos, indicaban que los malhechores no discriminaban ninguna clase de vehículo. Además, era obvio que actuaban en complicidad con las autoridades.

Pero yo no tenía remedio. Necesitaba ir y venir, dividido entre dos o tres amores. Miraba mi vida como un desastre. Como parte

de mi errancia viajaba con cierta frecuencia a Palín, en el municipio de Escuintla a mirar a un indio viejo, sabio, muy anciano y agobiado por la diabetes, de la etnia pocoman, llamado Julián. Me estaba haciendo una «limpia». Mi mundo se caía en pedazos y los güishtes se me clavaban a cada paso que daba. Yo vivía en una pequeña cabaña en las faldas del volcán de Agua. Mis paseos por el mundo de Julián convocaron visitas misteriosas. Estaba asustado. Julián me tranquilizaba: «Es Dieguito», me decía, burlón. Tenía como norma jamás nombrar al Demonio por su nombre. Y le llamaba así: Dieguito. La idea que tenía Julián del Enemigo era muy distinta de la mía. «Habla con tus espíritus, patojo», me decía. «Construye tu altar». Intensos días bajo el arcoiris de Sacatepéquez. Los atracadores de la frontera no eran mi principal preocupación. Quien me emboscaba era el destino. De hecho, el día que decidí mudarme de regreso, en El Salvador ocurrió un terremoto. Me tomó años salir de la resaca. Seguí viajando a Guatemala, cada vez menos, y menos. Ya no vi a Julián. Tenía miedo. Un miedo que no había conocido. Un miedo distinto al miedo a la muerte. «Yo conducía un pequeño Chevy negro por la carretera», dice la canción...

De entonces para acá, para nuestros países todo ha ido a peor. En febrero de 2007, tres diputados salvadoreños del Parlamento Centroamericano y su motorista fueron interceptados y sacados de la carretera, y luego ejecutados e incinerados. Días más tarde, los policías guatemaltecos acusados del cuádruple homicidio fueron asesinados en la cárcel de máxima seguridad en la que se encontraban detenidos. Nada huele bien en Guatemala. Tampoco el crimen incidental, aquella madrugada de marimbas, de un músico olvidado cuya tragedia fue colarse en la tragedia de Guatemala.

«El diablo se levanta muy temprano/ cansado del confort que lo encadena», tararea Cabral en una radio local donde le han dedicado un homenaje. «Me excita la idea de la muerte», habría dicho, de acuerdo con uno de los locutores que lee fragmentos de textos publicados en páginas web que homenajean a ese hombre, casi ciego, viudo de 74 años, que vivía solitario en una habitación de hotel. Escucho la estación a bordo de mi carro, lejos, muy lejos del arcoris de Sacatepéquez. Los que llaman a la emisora pidien-

do canciones son antiguos sublevados que, lo dicen, han perdido la esperanza y a uno de sus profetas. Se los arrancó, otra vez, la diosa Violencia. Dicen que aquel concierto de Guatemala era su despedida. No era la primera vez que se despedía. Parece que siempre la pasión o la guita lo convencían de volver al escenario. Un oscuro promotor artístico y propietario de antros lo obligó, sin saberlo, a cumplir la promesa. Ese fue el último viaje de Cabral, desde el olvido a la mala memoria centroamericana